

LA NIÑA GIMNASTA

Había una vez una niña llamada Emily. Emily era una niña muy feliz que le gustaba mucho la gimnasia. En el recreo siempre iba al arco o al coliseo donde estaban las colchonetas y trampolines y esa niña era YO.

Yo no tenía amigas ni amigos pues a nadie le gustaba tanto la gimnasia como a mí, pero un día llegó una nueva niña al colegio llamada Sara. Resultó que también le gustaba la gimnasia como a mí y como no era de extrañar, Sara y yo nos volvimos las mejores amigas. Siempre en el recreo íbamos al arco o al coliseo a hacer lo que sabemos hacer “gimnasia”, compartíamos los trucos, hacíamos volteretas, palomas, rondoff, medialunas y muchas cosas más, pero nunca habíamos logrado hacer el mortal, porque era muy difícil y complicado.

Un día llegó una entrenadora que trabajaba preparando los juegos olímpicos que comenzarían en un mes. Necesitaba a una niña que remplazara a una gimnasta porque se había fracturado la pierna y no podría participar. En ese momento yo me puse a pensar que hacer porque si sólo necesitaban una gimnasta, era Sara o yo “mí mejor y única amiga”. Mientras lo pensaba, Sara ya había levantado la mano, apenas me dí cuenta no podía creerlo, ella no había pensado en mí, en nuestra amistad. Así que hice lo mismo y levanté la mano. De inmediato, la entrenadora nos recordó que sólo podría llevar a una sola gimnasta a los juegos olímpicos y únicamente nos dio una opción: decidir entre nosotras dos quien iría. Además, el plazo para tenerle una respuesta se vencía dentro de cuatro días.

De repente sonó el timbre, anunciando salir al recreo. Todos salieron rápido excepto Sara y yo. Ella me miró y me dijo: “Yo soy la mejor, así que yo soy la elegida y punto”, me quedé callada, mientras ella se iba.

Al día siguiente, Sara no me quiso dirigir la palabra, ni los dos días siguientes. Así que el jueves decidí ir a hablarle. Llegué al arco donde la encontré haciendo botes como siempre, le dije:

- “Sara no quiero seguir peleando” Sara me respondió:
- “Yo tampoco, pero yo soy la que iré a los juegos olímpicos”. Inmediatamente respondí:
- “Si ese es el problema hay que solucionarlo inmediatamente” pensamos 20 minutos y después se me ocurrió una idea: ninguna de las dos participaría pues de lo contrario se podría romper nuestra amistad, cosa que nadie quería. El lunes llegó la entrenadora a preguntarnos cuál de las dos iría a los juegos olímpicos y contestamos al tiempo: “ninguna de las dos iremos, porque que no queremos perder nuestra gran amistad, así verá que tendrá que encontrar otra gimnasta.”. La señora se fue muy disgustada porque para ella nuestra decisión era incomprensible.

Sara y yo seguimos siendo gimnastas y sabremos que algún día llegará la oportunidad para las dos.

Fin.